

Durante la audiencia general el Papa reflexionó sobre una de las parábolas del Evangelio: la del rico Epulón y el pobre Lázaro

Texto de la catequesis del Papa en español

Queridos hermanos y hermanas

La parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro presenta dos modos de vivir que se contraponen. El rico disfruta de una vida de lujo y derroche; en cambio, Lázaro está a su puerta en la más absoluta indigencia, y es una llamada constante a la conversión del opulento, que este no acoge.

La situación se invirtió para ambos después de la muerte. El rico fue condenado a los tormentos del infierno, no por sus riquezas, sino por no compadecerse del pobre. En su desgracia, pidió ayuda a Abrahán, con quien estaba Lázaro. Pero su petición no pudo ser acogida, porque la puerta que separaba al rico del pobre en esta vida se había transformado después de la muerte en un gran abismo.

Esta parábola nos enseña que la misericordia de Dios con nosotros está estrechamente unida a la nuestra con el prójimo; cuando falta nuestra misericordia con los demás, la de Dios no puede entrar en nuestro corazón cerrado. Dios quiere que lo amemos a través de aquellos que encontramos en nuestro camino.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los invito a no perder la oportunidad, que se presenta constantemente, de abrir la puerta del corazón al pobre y necesitado, y a reconocer en ellos el rostro misericordioso de Dios. Muchas gracias”.

Texto completo de la catequesis del Papa traducida al español

Deseo detenerme con vosotros hoy en la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro. La vida de estas dos personas parece transcurrir por raíles paralelos: sus condiciones de vida son opuestas y absolutamente nada comunicantes. El portón de la casa del rico está siempre cerrado para el pobre, que yace fuera, intentando comer algunas sobras de la mesa del rico. Este viste con lujo, mientras que Lázaro está cubierto de llagas; el rico cada día celebra grandes banquetes, mientras Lázaro

muere de hambre. Solo los perros se preocupan de él, y vienen a lamerle las llagas. Esta escena recuerda el duro reproche del Hijo del hombre en el juicio final: *Tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, estaba [...] desnudo y no me vestisteis* (Mt 25,42-43). Lázaro representa bien el grito silencioso de los pobres de todos los tiempos y la contradicción de un mundo donde inmensas riquezas y recursos están en manos de unos pocos.

Jesús dice que un día aquel hombre rico murió: los pobres y los ricos mueren, tienen el mismo destino, como todos nosotros, no hay excepciones a esto. Y entonces aquel hombre se dirige a Abraham suplicándole con el apelativo de “padre” (vv. 24.27). Reivindica ser su hijo, perteneciente al pueblo de Dios. Pero en vida no demostró consideración alguna a Dios, es más, hizo de sí mismo el centro de todo, encerrado en su mundo de lujo y derroche. Excluyendo a Lázaro, no tuvo en cuenta ni al Señor, ni a su ley. ¡Ignorar al pobre es despreciar a Dios! Esto debemos aprenderlo bien: ignorar al pobre es despreciar a Dios. Hay un detalle concreto en la parábola que hay que señalar: el rico no tiene nombre, sino solo el adjetivo: “el rico”; mientras que el del pobre se repite cinco veces, y “Lázaro” significa “Dios ayuda”. Lázaro, que yace ante la puerta, es una viva llamada al rico para acordarse de Dios, pero el rico no acoge dicha llamada. Será condenado por tanto no por sus riquezas, sino por haber sido incapaz de sentir compasión por Lázaro y de socorrerlo.

En la segunda parte de la parábola, encontramos a Lázaro y al rico después de su muerte (vv. 22-31). En el más allá la situación ha cambiado: el pobre Lázaro es llevado por los ángeles al cielo, junto a Abraham; el rico, en cambio, se precipita entre tormentos. Entonces el rico *levantó los ojos y vio de lejos a Abraham y a Lázaro junto a él*. Parece como si viera a Lázaro por primera vez, pero sus palabras lo traicionan: *Padre Abraham -dice-, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en estas llamas*. Ahora el rico reconoce a Lázaro y le pide ayuda, mientras que en vida disimulaba no verlo -¡cuántas veces tanta gente disimula no ver a los pobres! Para ellos los pobres no existen-. Primero le negaba hasta las sobras de su mesa, ¡y ahora quiere que le lleve de beber! Todavía cree que tiene derechos por su anterior condición social. Declarando imposible cumplir su petición, Abraham en persona ofrece la clave de todo el relato: explica que los bienes y los males han sido distribuidos para compensar la injusticia terrena, y la puerta que separaba en vida al rico del pobre, se ha transformada en «un gran abismo». Mientras Lázaro estuvo ante su casa, para el rico existía la posibilidad de salvación, abrir la puerta, ayudar a Lázaro, pero ahora que ambos han muerto, la situación se ha vuelto irreparable. Dios nunca aparece directamente, pero la parábola pone claramente en guardia: la

El rico Epulón y el pobre Lázaro

Publicado: Miércoles, 18 Mayo 2016 13:51

Escrito por Francisco

misericordia de Dios con nosotros está vinculada a nuestra misericordia con el prójimo; cuando falta ésta, tampoco aquella encuentra sitio en nuestro corazón cerrado, no puede entrar. Si yo no abro la puerta de mi corazón al pobre, esa puerta permanece cerrada. También para Dios. Y esto es terrible.

En ese momento, el rico piensa en sus hermanos, que corren el riesgo de tener el mismo fin, y pide que Lázaro pueda volver al mundo para advertirles. Pero Abraham replica: *Tienen a Moisés y a los profetas, que los oigan a ellos*. Para convertirnos, no debemos esperar sucesos prodigiosos, sino abrir el corazón a la Palabra de Dios, que nos llama a amar a Dios y al prójimo. La Palabra de Dios puede revivir un corazón seco y curarlo de su ceguera. El rico conocía la Palabra de Dios, pero no la dejó entrar en su corazón, no la escuchó, por eso fue incapaz de abrir los ojos y tener compasión del pobre. Ningún mensajero ni ningún mensaje podrán sustituir a los pobres que encontramos en el camino, porque en ellos viene a nuestro encuentro Jesús mismo: *Todo lo que hicisteis a uno solo de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis* (Mt 25,40), dice Jesús. Así, en el cambio de suerte que la parábola describe se esconde el misterio de nuestra salvación, donde Cristo une la pobreza a la misericordia. Queridos hermanos y hermanas, escuchando este Evangelio, todos nosotros, junto a los pobres de la tierra, podemos cantar con María: *Derribó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos los colmó de bienes, y a los ricos los despidió vacíos* (Lc 1,52-53).

Fuente: romereports.com / vatican.va.

Traducción de **Luis Montoya**.